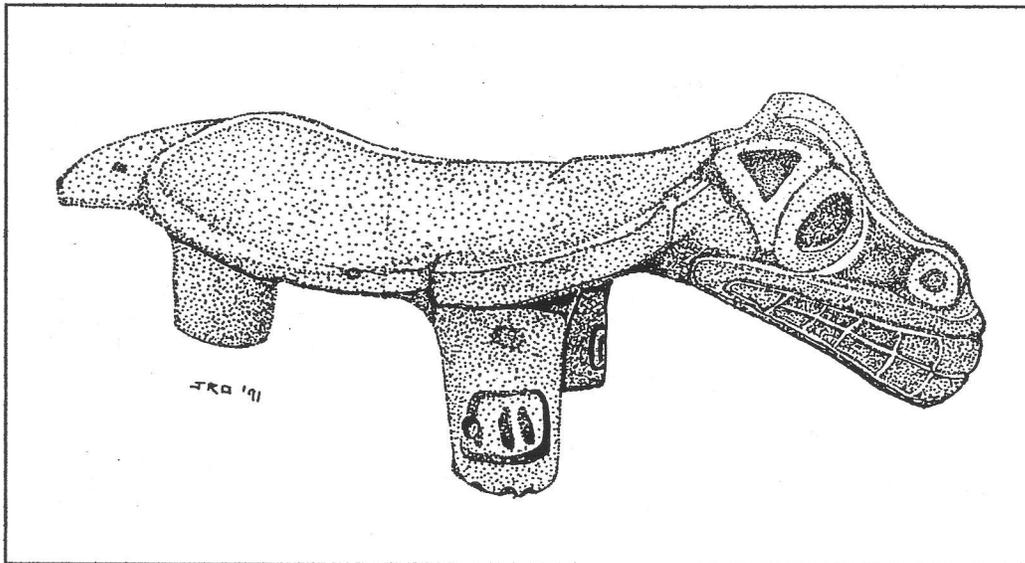


**Miguel Rodriguez,
Arqueólogo**

EL JAGUAR DOMESTICADO:

**Simbolismo del perro
en las culturas precolombinas de
PUERTO RICO Y EL CARIBE**



**(Separata de la Revista del
Instituto de Cultura Puertorriqueña
Año 2, Num. 3 -Segunda serie- Enero-Junio de 2001)**

EL JAGUAR DOMESTICADO:

SIMBOLISMO DEL PERRO EN LAS CULTURAS PRECOLOMBINAS DE PUERTO RICO Y EL CARIBE

Miguel Rodríguez

En el presente trabajo, el autor amplía los señalamientos de Roe sobre el tema y combina el estudio de la arqueología, la etnohistoria, la mitología y las manifestaciones artísticas para ofrecer una visión integrada de la figura del perro indígena en el contexto de las sociedades aborígenes antillanas. Se señala que al arribar a las Antillas, junto a los primeros grupos agroalfareros, el perro suramericano continuó cumpliendo su función como principal animal doméstico y excelente auxiliar de cacería. Tanto en Suramérica como en el Caribe, al momento de su muerte, al perro se le ofrecía un tratamiento similar al otorgado a los humanos. En ocasiones, el perro se sacrificaba y se convertía en una ofrenda funeraria especial. Una antigua asociación con el jaguar facilitó la entrada del perro en el mundo de los mitos y las creencias de nuestros aborígenes. Se sustituían, además, sus piezas dentales por las del jaguar como elemento de prestigio en la decoración ceremonial masculina. También figuró de manera destacada en relatos y crónicas de la conquista, y se representó en variados medios artesanales como en cerámica, piedra, madera y en el arte rupestre, combinando ocasionalmente atributos caninos y felinos en la misma pieza. A pesar del tiempo y la distancia, nuestros aborígenes mantuvieron, a través de la figura del perro doméstico, su relación vital con el mundo precolombino suramericano y con uno de sus símbolos más preciados: el jaguar.

Entre los siglos III al II antes de nuestra era, se inició, desde la costa norte del continente suramericano, la segunda colonización aborigen del Caribe insular, región que algunos milenios antes había sido poblada por grupos arcaicos de economía recolectora. Por sus evidencias arqueológicas, sabemos que estos nuevos inmigrantes practicaban la agricultura basada en la siembra y el procesamiento de la yuca. Poseían, además, una alfarería muy sofisticada, tanto desde el punto de vista tecnológico como artístico.

Los recién llegados poblaron rápidamente gran parte del arco antillano, desde Trinidad hasta el extremo este de La Española y Puerto Rico, demostrando su dominio de la navegación y la geografía. Sus abundantes vestigios arqueológicos reflejan marcadas influencias de las culturas de la selva tropical del interior y el noreste del continente.

En sus grandes canoas, transportaron algunas vasijas de barro, cestas con esquejes de yuca, plantas de tabaco, semillas de algodón y del árbol alucinógeno llamado caoba y otros productos que lograron adaptarse con facilidad a los fértiles terrenos de las costas y llanuras aluviales caribeñas. Llevaron también hacia las nuevas tierras las técnicas milenarias de la alfarería y otras artesanías, así como sus costumbres, tradiciones, ritos y ceremonias. Además, a través de la repetición de cánticos y rezos, mantuvieron vivos antiguos mitos y creencias.

Fue en el interior de una de esas primeras canoas donde, escondidos y atemorizados, debieron llegar los primeros perros domésticos al Caribe. Con toda seguridad, también arribaron otras típicas mascotas como los loros y los monos. Pero debemos suponer que por lo menos estos últimos no se reprodujeron adecuadamente en los ambientes antillanos, ya que no dejaron una presencia arqueológica visible.

Pero, con el perro la historia fue diferente. Durante siglos, el perro había sido atesorado como principal animal doméstico y cumplía una valiosa función como auxiliar de cacería en los ambientes selváticos continentales. Su adaptación insular no tuvo mayores problemas y fue así que casi veinte siglos después, al llegar a las Antillas, los conquistadores europeos hallaron, para su sorpresa, una gran cantidad de perros domésticos deambulando por las recién descubiertas aldeas taínas.

El 17 de octubre de 1492, apenas una semana después de pisar tierras americanas, Cristóbal Colón fue informado de la presencia de perros por algunos de sus hombres y así lo anotó en su diario. El hallazgo ocurrió en la isla que llamó Fernandina, en el archipiélago de las Bahamas, citando y comentando a la vez el diario de Colón, escribe Las Casas:

Había perros (dice el Almirante), mastines y blanchetes, pero porque lo supo por relación de los marineros que fueron por agua, por eso los llamó mastines. Si los viera no les llamara, sino que se parecían como podencos. Estos y los chicos nunca ladran, sino que tienen un gruñido como entre el gaznate. Finalmente, son como perros de España, solamente difieren en que no ladran (Las Casas, Tomo 95:151).¹

Unos días después, el 28 de octubre, en la isla bautizada como Juana, (hoy Cuba), el propio Almirante saltó a tierra y en una de las casas encontró “un perro que no ladraba” (Las Casas, Tomo 95:155). Al día siguiente, en otra visita a una aldea más hacia el interior, halló también “muchas aveci-



Fig. 1

llas silvestres amansadas y perros que nunca ladran” (Las Casas, Tomo 95:157).

Otra temprana confirmación de la existencia de perros en las Antillas se ofrece en la carta que escribiera al Cabildo de Sevilla sobre el segundo viaje de Colón, en 1493, el físico Dr. Chanca. Dice el autor que: “En ella ni en las otras nunca se han visto animales de cuatro pies, salvo algunos perros de todos colores, como en nuestra patria” (Chanca en Tió: 1966:57).

Pero es el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo quien en su *Historia General y Natural de las Indias* ofrece la más detallada descripción de la apariencia y utilización del perro indígena:

Perros gozques domésticos se hallaron en La Española (y en todas las otras islas que están en este golfo pobladas de cristianos), los cuales criaban los indios en sus casas. Al presente no los hay. E cuando los hubo, los indios tomaban con ellos los otros animales, todos de quien se han hablado en los capítulos de suso. (Oviedo, Tomo 118:29). (Fig. 1)

De esta manera, Oviedo asegura a sus lectores que los taínos de La Española y de las demás islas empleaban a sus perros en la caza de iguanas y de pequeños roedores llamados hutías.² Finalmente, señala con mucho cuidado las característi-

¹ Bartolomé de Las Casas señala con énfasis la existencia de dos tipos de perros en las Antillas; unos más grandes, que son los que compara con los “podencos”, y otros que eran más chicos, equivalentes a los “blanchetes” españoles. El “podenco” es un perro de tamaño mediano que abunda en Andalucía y parece ser originario del norte de África. Es un animal muy ligero que se entrena para la caza menor, como la de conejos y para el rastreo y acoso de piezas mayores, como el jabalí y los venados (Bucholz, 1982: 116). Es importante ese señalamiento, ya que el mismo parece tener una confirmación arqueológica en los estudios que sobre los perros antillanos realizó Barbara Lawrence, publicados en el 1977.

² Oviedo también describe la utilización de los perros indígenas en Tierra Firme para perseguir y cazar puercos monteses, “báquiras” (llamados también pecarí) (Oviedo II;118, 1959:45), osos hormigueros (Oviedo II;118, 1959:46) y “dantas” (tapires).

cas específicas que distinguían a nuestros perros antillanos, como lo son: el pelo más áspero que el de los españoles, las orejas avivadas y alertas como las tienen los lobos y que eran mudos, razón por la cual “aunque los apaleasen o matasen no sabían ladrar” (Oviedo 1959, Tomo 118:30)³

Para concluir, Oviedo relata también que él mismo comió perros en otros lugares de Tierra Firme como en Santa Marta (Colombia) y Nicaragua. En estas tierras, dice el cronista, se criaban y engordaban para las fiestas principales indígenas y los propios españoles se los comían asados y condimentados con ajo⁴. Pero en las Antillas fueron los propios españoles, no los indios, quienes se comieron los perros, debido a “los trabajos y hambres que los primeros pobladores pasaron en esta isla” (Oviendo, 1959, Tom 118.29).

En los documentos de la Real Hacienda de Puerto Rico, entre los años 1510 al 1519 (Tanodi, 1971), se menciona una gran cantidad de perros y perrillos, junto a los demás animales domésticos que traían de la Española los primeros colonizadores de nuestra isla. El 28 de noviembre de 1513, Juan Gil trasportó hasta el puerto de San Germán, al oeste de Puerto Rico, “2 lebreles y un perro de hutías” afirmando para Puerto Rico la utilización de perros indígenas y españoles para el rastreo y captura de las hutías. Lamentablemente, otros relatos señalan que también se adiestraron los más grandes y fieros canes españoles, para perseguir y cazar indios, como el conocido caso del perro Berrillo.

El uso de perros en partidas de cacería es una práctica que ha subsistido por siglos y todavía es reconocida por los etnógrafos y antropólogos que han estudiado las comunidades aborígenes de

Venezuela, las Guayanas, Brasil y Colombia. En su estudio de la fauna de los de los Sanuma, Kenneth Taylor (1974) asegura que en este grupo el uso de perros rastreadores (“tracking dogs”) es reciente. Pero entre los Makiritare, considerados como expertos en la adiestración de perros, su utilización tiene una mayor antigüedad.⁵ (Fig. 2)



Fig. 2

3 Todas las referencias indican que la única diferencia notable entre los perros antillanos y europeos era la falta de capacidad para ladrar de los primeros. La característica de no ladrar, sino gruñir y chillar, fue lo que le creó el injusto sobrenombre de “perro mudo” a todos los canes antillanos y americanos. Estudios recientes indican que el ladrido es producto de un prolongado proceso de domesticación, que se inició en el sur de Asia y en las regiones europeas de clima cálido hace unos diez mil años. (Bucholz, 1982:9). En el caso de los perros americanos, su utilización fue mayormente como animal de cacería en la selva, siendo el ladrido una característica no deseada y peligrosa para este tipo de actividad humana. Según G. Reichel-Domatoff (M. Com. Pers. 1992) los grupos aborígenes actuales de Colombia enseñan a sus perros a no ladrar cuando están en la selva. En África también existe una raza de perros cazadores llamados “basenji” que tampoco ladran (M. Babb. Com. Pers. 1992).

4 La costumbre de comer perros, en particular unos pequeños, parece haber estado bien difundida en toda Meso América. El propio Hernán Cortés al describir con gran detalle la venta de perros castrados en el mercado de Tenochtitlan (Cortés en Calero y Folino, 1984:81).

5 Los Hiwi o Guahibos (Metzger y Morey en Coppens; 1993, vol. II: 144) que habitan los llanos del oeste de Venezuela, entrenan perros para acorralar animales grandes con las dantas o los venados, y para abatir piezas pequeñas como la lapa y el cachicamo. Otros grupos que utilizan perro en sus cacerías son los piaroa (Overing y Kaplan en Coppens: 1988, vol. II: 338) los perros (Thomas en Coppens, 1983, Vol. II: 320) que habitan una zona de Venezuela colindando con Guyana y Brasil, los Yupka (Ruddie y Wilbert en Coppens, 1983, Vol. II: 68), de la Sierra de Perijá en los Andes Venezolanos, y los Hotis (Coppens en Coppens, 1983, Vol. II: 266).

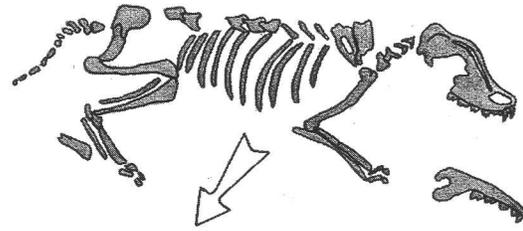
El trato que actualmente se le da al perro va a depender de la importancia particular de las actividades de cacería en cada grupo. Algunos también consideran que el mejor perro es el que está mal alimentado ya que de esta manera aumentará su interés por perseguir la presa. Entre los Uruak (Arutanis) del Alto Paraguá, una región entre Venezuela y Brasil (Coppens, 1983, Vol. II: 422), se adiestran perros de cacería para intercambiarlos con otros grupos por rallos o guayos. El perro es en este caso un valioso objeto de intercambio para adquirir otros artículos de uso doméstico.

Pero ninguno de los investigadores del presente siglo anota el uso actual o pasado del perro como parte de la dieta aborígen. Si esta fue una práctica antigua entre los habitantes de la zona tropical, la misma desapareció tras siglos de conquista y colonización europea.

En los últimos años, los arqueólogos han prestado una mayor atención a las osamentas de perros excavadas entre los restos de las aldeas precolombinas del Caribe. La divulgación de estos hallazgos permite conocer las características biológicas y la importancia cultural del perro aborígen antes de la llegada de los europeos a nuestro continente.

En una publicación sobre el tema, Barbara Lawrence (1977) compara tres osamentas de perros aborígenes descubiertas en La Española con los restos de los pequeños perros Techichis de México y llega a la conclusión que son similares en tamaño y estructura. Sin embargo, señala que los huesos de otros tres ejemplares de Cuba pertenecen a perros de tamaño grande. De igual manera, un ejemplar de Martinica resulta también ser grande, al igual que uno de dos ejemplares de Puerto Rico y dos de cuatro ejemplares de Jamaica que tuvo oportunidad de analizar.⁶

En años recientes, en sitios agroalfareros tempranos de Puerto Rico y Vieques, se han excavado enterramientos primarios de perros. Un ejemplo es el yacimiento de Sorcé, en la isla de Vieques, donde asociados a restos de Cultura Saladoide, se excavaron dos ejemplares (Chanlatte, 1983: 83; Narganes Storde, 1985: 256). En Hacienda Grande,



Enterramiento de Perro
Punta Candeleró, Puerto Rico
Bloque II, Pozo CC
26 de Julio de 1988

Escala 1:20

Fig. 3

Loíza, Roe excavó con sus estudiantes de arqueología en 1980 un perro subadulto casi completo, que parece haber sido de talla pequeña (Walker, 1985: 198). Finalmente, en Punta Candeleró, Humacao, un sitio agroalfarero temprano del este de Puerto Rico, se recuperaron entre los años 1988 y 1989 (Rodríguez, 1989), seis enterramientos primarios de perros, todos ellos asociados al componente Huecoide del yacimiento.⁷ (Fig. 3)

En las Antillas menores, Elizabeth Wing (1968: 103-107) también ha informado hallazgos de restos de perros en yacimientos de Santa Lucía (1), Barbados (5) y Granada (1).⁸ En Martinica, los restos de una mandíbula de perro, junto a representaciones de perro en cerámica han sido informadas para el yacimiento temprano de Vivé por Mattioni y Bullen (1973:162-164). En Indian Creek, un sitio saladoide temprano de Antigua, Olsen (1974) describió el hallazgo de otra mandíbula de perro.

Hasta donde conocemos, la gran mayoría los enterramientos de perros en el Caribe insular están asociados con las tempranas culturas Saladoides, tanto en su variante Igneri ("Cedrosan Saladoide") como en la Huecoide ("Huecan Saladoide"), fechados entre los años 250 antes de nuestra era al 600 después de nuestra era. Algunos perros fueron enterrados en posiciones flexionadas y otros, de forma extendida, descansando siempre sobre un lado del cuerpo, pero ninguno estaba directamente asociado con enterramientos humanos. Ambas po-

6 El estudio de Lawrence (1977) parece confirmar la observación del cronista Las Casas en cuanto a la existencia de dos tipos o razas de perro en las Antillas. Es posible que el pequeño fuera uno estrictamente doméstico y hasta comestible, mientras que el de mayor tamaño fuera el rastreador y cazador.

7 Fue tan evidente la presencia arqueológica de los perros en el componente huecoide del yacimiento, ya fuera como enterramiento primario o como figura en cerámica, que medio en broma y medio en serio, consideramos llamar a sus restos como la "Cultura de los Perros", siguiendo la vieja clasificación de Rainey para las culturas del Cangrejo y de la Concha.

8 Recientemente, Wing (Com. Pers., 1991) ha identificado lo que parece ser un defecto genético en la dentadura de algunos de los perros antillanos, la ausencia del tercer molar. Esta característica podría ser de utilidad para trazar su origen, antigüedad y relación con otras razas.

siciones son formas comunes de enterramientos humanos en nuestra región. Tal parece que estos grupos tempranos enterraban a los seres humanos y a sus perros de manera muy similar.

Sin embargo, en el cementerio indígena de la Caleta, en la República Dominicana, estudiado por los arqueólogos Luis Chanlatte, Fernando Morbán y Manuel García Arévalo (F. Morbán y L. Chanlatte, Com. pers., 1992) se descubrieron los enterramientos de los perros junto a la osamenta de un niño menor de seis años. Una serie de vasijas de barro completaban las ofrendas mortuorias de este importante hallazgo que pertenece a la Cultura pretaína (Ostionoide) con fechas en la República Dominicana entre los años 600 al 1,000 de nuestra era.

Los estudios entre grupos aborígenes de la

estableciendo un interesante vínculo entre el cazador (el hombre), el perseguidor (el perro) y la presa (el jaguar), que en este caso termina cazando a su perseguidor.

Sin embargo, en las Antillas, la fauna que se cazaba para consumo humano no era de tal naturaleza como para que los perros resultaran víctimas accidentales de su fuerza. Una interesante descripción es ofrecida por un cronista francés, el Sr. De la Borde, quien convivió con los indios Caribes a mediados del siglo XVII. Dice el cronista que cuando muere un indio Caribe, también entierran a su perro para que lo proteja, busque a los que lo han matado y capture lagartos para alimentarlo". En el caso de los Caribes, el perro entonces se sacrificaba como ofrenda funeraria, transformándose en un eterno cazador, protector y vengador de su difunto amo. Lamentablemente, el ejemplo del Sr. De la Borde no aplica a los hallazgos de osamentas de perro que no están asociadas con seres humanos, pero sí al caso del cementerio de la Caleta en la República Dominicana.

La evidencia señala un lugar destacado para el perro aborígen, tanto en las culturas de la selva tropical, como en la contraparte antillana. Sin embargo, al profundizar en este análisis, nos damos cuenta de que el perro también ocupó una posición privilegiada en el mundo de los mitos y los símbolos, partiendo de su estrecha asociación con la figura del jaguar, el más temido y formidable ejemplo de la fauna autóctona americana.

Un ejemplo de esta relación entre perros y jaguares la ofrece Roe (1989), para algunos grupos de las tierras bajas suramericanas. Entre ellos, los colgantes de caninos de jaguar son considerados como la máxima representación de la joyería masculina. Se utilizan en collares, orejeras y cinturones, como símbolo de la ferocidad y el poder del jaguar. En ocasiones, se incluyen las garras y elementos de pintura corporal para acentuar sus atributos físicos. En algunos de estos grupos, los caninos del perro sustituyen o complementan a los del jaguar. Pero en las Antillas, por la total

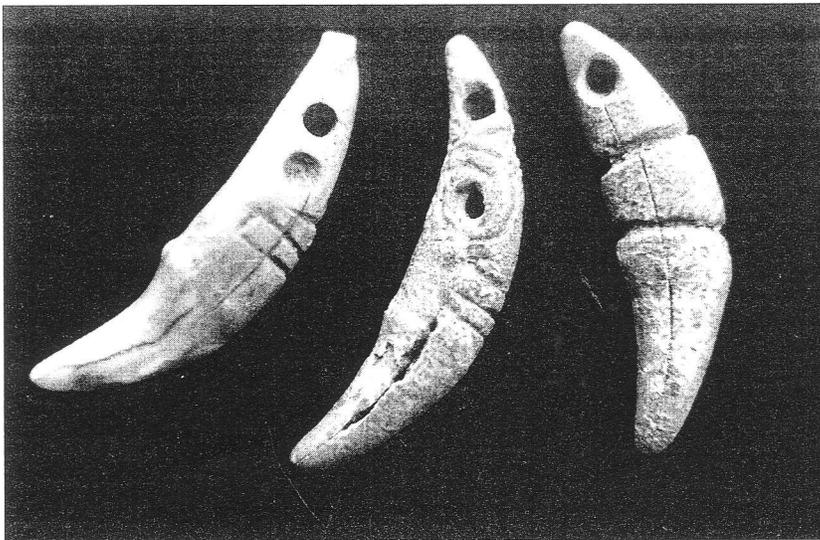


Fig. 4

selva tropical pueden ayudarnos a entender por qué los perros eran enterrados con un trato muy particular. Cuando un perro cae muerto por otro animal, como puede suceder cuando se persiguen dantas, tapires o jaguares, los Sanuma de Venezuela (Taylor: 1974:23) lo creman y lloran como si fuera un ser humano. Otros grupos como los Wai Wai y los Warrau los entierran con honores y ceremonias (Roe, 1991). Los Yanomamo incluso vengán a los perros que son muertos por jaguares (Roe, 1991),

ausencia de jaguares, lo más parecido a un felino en cuanto a tamaño, apariencia y, por supuesto, dentadura carnívora, era un perro.⁹

Por tal razón, los caninos y molares del perro, son empleados por los aborígenes antillanos como colgantes de elaborados cinturones o collares, como el descubierto hace algunos años en una cueva de la localidad de San Rafael, República Dominicana (Rimoli, n.d.: 1). Este collar, constituido por cientos de piezas, algunas talladas con diseños incisivos y antropomorfos, fue colocado como una ofrenda funeraria, que lamentablemente fue saqueada (Fig. 4). Poseía también caninos perforados de foca tropical (*Monachus Tropicalis*) y dientes de ballena piloto del género *Globicephala*.

Estos hallazgos de dientes de perro perforados y labrados son abundantes en los yacimientos taínos de La Española, pero no en Puerto Rico, donde, hasta el momento, su documentación arqueológica es muy pobre. En las colecciones del Instituto de Cultura Puertorriqueña sólo existen dos ejemplares de procedencia desconocida. Alegría (1987: 20) también informa algunos caninos y molares entre las cuentas aborígenes y europeas encontradas en el interior de una vasija de madera de la época del contacto, descubierta en una pequeña cueva en Quebradillas.

En la recopilación de Documentos de la Real Hacienda de Puerto Rico, entre 1510 y 1519 (Tanodi, 1971), también se menciona un collar de dientes de perro, que fue capturado en 1515 por Jerónimo de Merio durante el asalto y saqueo de una población taína (Tanodi, 1971: 34). El botín obtenido en esta cabalgada incluyó también un "guanín" de cobre y cuatro sartas de cuentas de "cibao", entre otros artículos, lo que indica que se trataba de objetos personales de gran significado, que quizá pertenecieron a un cacique taíno.

Sin embargo, la utilización del perro y sus piezas dentales no es tan sólo una sustitución mecánica de formas y materias primas. En los propios antiguos mitos suramericanos, el perro y el jaguar son animales sumamente relacionados. Por ejemplo, entre los Makiritare, en la región del alto Ori-

noco, Civrieux (1970:95) recoge la siguiente historia como parte de un extenso relato:

El espíritu de Odo'sha envió un perro contra Wanadi, pero el perro se transformó en jaguar. Wanadi lo mató con una lanza, molió sus huesos y sopló sobre ellos. Así nacieron los mosquitos que infestan el Orinoco y se lazaron sobre Odo'sha. Por eso hay tanta plaga en el Orinoco.

En cuanto al mundo mítico de las comunidades aborígenes de la Antillas Mayores al momento de la Conquista, es muy poco lo que conocemos. Es por eso que la *Relación acerca de las antigüedades de los indios* de Fray Ramón Pané (Arrom, 1975), humilde monje catalán a quien el propio Cristóbal Colón encomendó convivir con los indios para aprender sus creencias y costumbres, tiene un valor incalculable. Fue escrita cuando todavía la sociedad taína no había colapsado.¹⁰

Uno de los mitos recogidos por Pané en un sector de La Española, se relaciona con un importante cemí llamado Opiyelguobirán, del cual "dicen que tiene cuatro pies como de perro, y es de madera, y que muchas veces por la noche salía de la casa y se iban a las selvas. Allí iban a buscarlo, y vuelto a casa atábanlo con cuerda; pero él se escapaba y volvía a las selvas". Pané añade que "cuando los cristianos llegaron a La Española, cuentan que éste se escapó y se fue a una laguna; y que aquellos lo siguieron hasta allí por sus huellas, pero que nunca más lo vieron, ni saben nada de él" (Arrom, 1975).

A la luz de lo recientemente planteado por Walker y Roe (1989, 1991), el relato de Pané debe ser estudiado detenidamente. Lo que en realidad no dice Pané del cemí Opiyelguobirán es que es un cuadrúpedo, con sus pies "como de perro", pero no necesariamente un perro. Es, además, un ser nocturno y selvático, ya que en la historia aprovecha las sombras de la noche para escapar y no se aguantaba en el poblado ni con las cuerdas que lo sujetaban. Tampoco es doméstico, como lo era el perro indígena. Finalmente, el cemí se fue a una laguna, siguieron sus huellas y nunca más lo vieron o supieron él. La descripción del cemí se relaciona más

9 En los yacimientos de la Hueca y Punta Candelero se han identificado colmillos de pecarí o báquero perforados como colgantes, que también pudieron haber sustituido a los de jaguar (Narganes, 1985; Rodríguez, 1999). Éstos llegaron al noreste del Caribe a través de la extensa red de intercambio y comercio de materias primas y artículos finalizados entre nuestra región y el continente suramericano.

10 El relato de Pané ha servido de base para la mayoría de los estudios comparativos que antropólogos e investigadores han realizado en este campo. En general, Alegría (1978), López-Baralt (1977), Robiou (1983), Arrom (1974-1975) y recientemente, Roe (1989-1991), concluyen que los orígenes del mundo mítico taíno se encuentran en el continente suramericano, en particular su región amazónica. Otros, como Fernández Méndez (1979) y García Goyco (1984), destacan también una estrecha afinidad con mitos y creencias de los pueblos de Meso América.

con la de un animal salvaje, nocturno y temible.

No existió en las Antillas un animal que se acomodara a tal descripción, pero sí en el continente: el jaguar. Por lo tanto, creemos que en el relato del cemí Opiyelguobirán y de su parecido a un perro, se esconden lejanas alusiones al simbolismo suramericano del jaguar, que pudieron haber subsistido por medio de la historia oral hasta finales del Siglo XV, cuando Pané lo recogió.

Los mitos suramericanos, muchos de los cuales deben haber llegado a las Antillas en épocas muy tempranas, con los primeros pobladores agroalfareros, seguramente sufrieron variaciones significativas en nuestras islas. Como bien señala Alegría (1978: 155), los mitos, al igual que las otras manifestaciones de la cultura oral, sufren cambios y transformaciones cuando la narración se va transmitiendo de persona a persona y según se va subdividiendo y separando, en tiempo y espacio, la cultura matriz que los originó.

Otro factor fundamental que contribuyó a la transformación de los mitos fue su adaptación al particular medioambiente antillano, caracterizado por una escasa fauna de mamíferos de mediano y gran tamaño. Según Alegría (1978: 155), ya que en las Antillas no existían jaguares, armadillos, tapires y otros personajes importantes de los mitos del trópico suramericano, estos animales no podían subsistir en los relatos. Sin embargo, los mitos origina-

les se transformaron, otorgando un papel protagónico a la fauna típica de nuestro medioambiente, como lo son las ranas, tortugas, iguanas, peces y murciélagos. Pero, con la excepción del perro, ningún representante de la fauna antillana se asemeja remotamente al jaguar.

Arrom llama a este cemí el "Dios-Perro" y cree haberlo identificado en una impresionante escultura en madera de un ídolo de la cohoba (Fig. 5). No estamos totalmente de acuerdo con la interpretación de Arrom, ya que el ídolo es más bien una figura antropomorfa, en cuya talla el artesano pudo haber seguido la forma y contorno natural del tronco y las ramas, produciendo así unas manos extremadamente largas si se comparan con los pies cortados y pequeños de la figura. La cara, aunque impresionante y grotesca, tampoco se asemeja a la de un perro.

Oliver (1992: 27) también parece reconocerlo entre los petroglifos de Caguana y lo asocia con el guardián del mundo de los muertos, manteniendo, a su vez, vínculos culturales con la comunidad por ser un animal doméstico. Arrom también había adelantado, en 1975, una interpretación similar a base del relato del Pané.

Además, se señala que un cráneo tallado en conchas, descubierto en Antigua, Antillas Menores (Co. Olsen) con detalles caniformes, como lo es una dentadura expuesta con agudos y poderosos colmillos, es posiblemente una representación del "Dios Perro", pero tras el cual entendemos que se encuentra también la figura mítica del jaguar. (Fig. 6)

El estudio de las manifestaciones artísticas que plasmaron nuestros aborígenes en barro, piedra, madera y otros materiales puede ser de gran ayuda para el análisis adecuado de la presencia del perro y su contraparte oculta, el jaguar. Pero, hasta el momento, ha sido muy difícil para los estudiosos del arte y las representaciones iconográficas del continente identificar animales específicos, en particular mamíferos, por lo menos en la cerámica aborígen, el medio que más abunda y se preserva en nuestra región. Más complicado lo será en el caso de las Antillas, donde la distancia, el tiempo y la propia ausencia de los modelos, debió producir modificaciones sustanciales.

Anne Legast, autora del estudio sobre los animales en el mundo mítico Tairona (Legast, 1987), indica que es más fácil, por lo menos en el caso de los felinos, identificar sus representaciones

Fig. 5



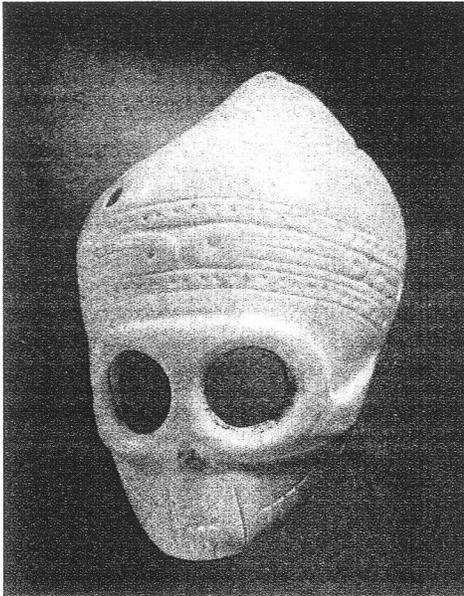


Fig. 6

en los trabajos de orfebrería que en la cerámica, ya que “los felinos carecen de expresión agresiva, tienen la boca cerrada y sus colmillos no son visibles”. (Legast, 1987:31).

Mucho más difícil parece ser la identificación del perro. Por lo general, en las piezas de cerámica las figuras se identifican por la forma alargada del hocico, las orejas cortas y puntiagudas y los ojos pequeños (Legast, 1987:32). Además, las orejas están colocadas muy lateralmente en el cráneo y el hocico es representado como una protuberancia en relación al cráneo. Sin embargo, Legast indica que en muchas ocasiones pueden confundirse las cabezas de perros con las de algunos murciélagos y con la del coatí (*Nasua* sp.).

En el caso de la representación del perro en las Antillas, también ocurren dificultades y confusiones en cuanto a su identificación. Pero en algunos ejemplares, su figura es lo suficientemente realista como para que no haya duda alguna. Así ocurre con algunas figurillas modeladas en barro de la cultura Saladoide, donde la presencia del perro aborigen es inconfundible y coincide plenamente con la descripción de Oviedo y con la de los elementos artísticos que nos ofrecen Legast y otros autores (Fig. 7).

En algunos ejemplares de figurillas modeladas e incisas de múltiples rostros, en particular las excavadas en Punta Candelero, los atributos caninos ocasionalmente se confunden y se combinan con elementos que sugieren armadillos, capibaras, tapires y felinos. Estimamos que también el perro puede identificarse en la cerámica pintada, donde aparece disfrazado con atributos felinos, como el

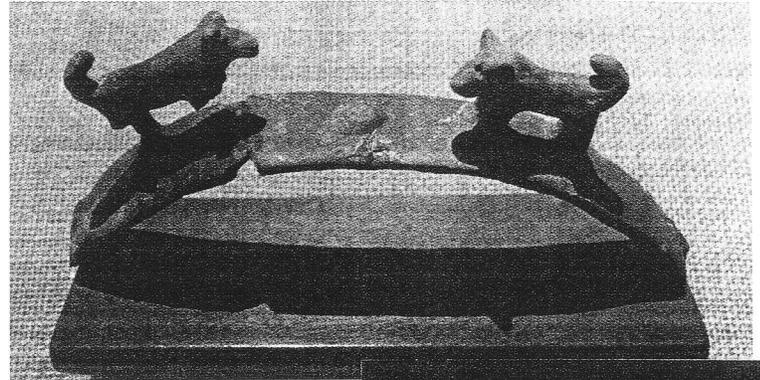


Fig. 7

hocico pronunciado, las orejas redondeadas, la boca grande y la feroz dentadura de caninos triangulares. (Fig. 8)

Las representaciones de perros en la cerámica coinciden cultural y cronológicamente con su presencia como enterramiento primario en los yacimientos aborígenes. Son particularmente numerosas en los sitios agroalfareros tempranos, tanto en Puerto Rico como en las Antillas Menores (Fig. 9), con fecha entre el 250 antes de nuestra era hasta el 600 después de nuestra era. Luego emergen, 500 años después, entre los materiales cerámicos y líticos de la Cultura taína en La Española.

Se han identificado perros en cerámica en los yacimientos aborígenes tempranos de Hacienda Grande, Loíza (Roe, 1987; Rouse y Alegría, 1989), del Convento de los Dominicos de San Juan (Alegría, 1965; Pons, 1973) en la Hueca y Sorcé de Vieques (Chanlatte, 1983:29, en Canas, Ponce, 1987; Rodríguez, 1989, 1991). El famoso dujo Oliver, una de las más importantes piezas arqueológicas de Puerto Rico, encontrado en el barrio de los Coléricos de Utuado (Oliver, 1992:27), presenta una figura zoomorfa con boca y dentadura fuera de toda proporción, que también parece combinar atributos caninos y felinos (Fig. 10).

En las abundantes manifestaciones de arte



Fig. 8



Fig. 9

(Com. pers. 1992) como representativas de caballos, en una cueva de Morovis, Puerto Rico, podrían encontrarse algunos perros.

No es tan fácil, sin embargo, identificarlos en los petroglifos. Aunque recientemente Marlen Díaz (Com. pers. 1991) cree haber podido detectar perros escondidos entre algunas figuras identificadas como de "infantes enfajados".

Cabe señalar que un elaborado petroglifo tallado en una roca del Río Grande de Loíza, a la altura de San Lorenzo, es conocido por los vecinos del lugar como "El Gato" por sus reconocidos rasgos felinos. Igualmente, uno de los petroglifos de la Cueva del Indio de Arecibo, parece tener colmillos sobresaliendo de su boca (M. Díaz, Com. pers. 1992).

Roe presentó en Curazao (1989) la tesis de la "sustitución mítica" del jaguar por el perro do-



Fig. 10

rupestre antillano también están presentes los perros. Con las pictografías, las representaciones son más claras y realistas. Las más famosas son las figuras de perros de la Cueva de Borbón de la República Dominicana, donde se dibujaron en plena actividad sexual, uno montado sobre el otro (Págán Perdomo, 1978). Entre unas pictografías de cuadrúpedos informadas por Martínez

mestizo antillano. Pero creemos que, más que una sustitución, lo que ocurrió fue que en las Antillas el perro compartió el sitio ocupado por el jaguar en las culturas de la selva suramericana.

A manera de resumen, en el Caribe precolumbino, el perro fue un fiel colaborador en la carcería de hutías e iguanas, fuente de materias primas para adornos personales y figura que al morir se honra y que se sacrifica como ofrenda mortuoria, que se presenta en la cerámica ceremonial y se talla en ídolos de piedra, madera y concha, se dibuja en petroglifos y pictografías y está presente en mitos y creencias.

Con estas palabras, finaliza nuestro intento de resumir la manera en que, al llegar a las Antillas, se acrecentó el prestigio que el perro ya disfrutaba entre las comunidades aborígenes del continente, al manifestar, con mayor intensidad, su oculta personalidad de fiero jaguar de la selva tropical; característica que nunca olvidó, a pesar del tiempo y la distancia. O quizá, la historia fue al revés, y el temible jaguar de la selva tuvo que adaptar su apariencia a la de los perros, ocultándose en los mitos, las creencias y las manifestaciones artísticas de los aborígenes del Caribe.

Lo cierto es que, a través de su complejo mundo mitológico, nuestros aborígenes antillanos hicieron realidad el sueño milenario de sus antepasados suramericanos: un jaguar domesticado.

X Simposio Internacional ALILA/LAILA, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, enero de 1992, San Juan.

Miguel Rodríguez. Nació en San Juan, Puerto Rico, 1946. Obtuvo en el 1983 una Maestría, con especialización en Arqueología, del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Ha finalizado todos los cursos académicos del Programa Doctoral, con concentración en Historia, de la Universidad de Sevilla. Es catedrático asociado y profesor de Historia de Puerto Rico, Arqueología y Antropología en la Universidad del Turabo y en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Es miembro de la Junta de Directores de la Fundación Puertorriqueña de las Humanidades y del Consejo para la Protección del Patrimonio Arqueológico de Puerto Rico, adscrito al Instituto de Cultura Puertorriqueña. En los pasados años fue presidente de la Asociación Puertorriqueña de Antropólogos y Arqueólogos y de la Asociación Internacional de Arqueología del Caribe.